

der los intereses del clero Limense: es un cuerpo social, que tiene algo que defender y muchos contra quienes defenderse.—La *Gaceta Médica* es órgano de la *Sociedad de Medicina de Lima*, y está en su derecho. Pero nosotros no podemos ocultar nuestra misión, que bien se revela por nuestros escritos: defendemos *los intereses de la IGLESIA CATÓLICA*, y, con ellos, los de la sociedad en general. ¡Hasta en esta apreciación es mezquino el señor Ulloa con nosotros! Y la sociedad de Lima sabe, y nos dice todos los días lo que defendemos. Pero el señor Ulloa no lo ha visto: *hay ciegos voluntarios*: “tienen ojos y no ven,” dice el Profeta David; *hay sordos por elección*: “tienen oídos y no oyen,” dice el mismo escritor sagrado. (Psalmo. CXIII, vv. 5 y 6 del V. 8.

No podemos terminar, sin hacer mención de estos pasajes tomados de los salmos.

“Se han levantado contra mí testigos falsos, y la iniquidad ha mentido á sí misma” (1). “Hoyo abrió (el pecador), y cávolo: y cayó en el foso, que hizo.” (2); “En el mismo lazo, que escondieron, quedó preso el pie de ellos” (3).



(1) Salmo 26, v. 12.

(2) Salmo 7, v. 16.

(3) Salmo 9, v. 16.



La escuadra española en las aguas del Pacífico

Nos hallamos en vísperas de un combate, al que, probablemente, nos provocará la escuadra española, que surca las aguas del Pacífico.

Todos los elementos que el Gobierno ha podido reunir, para rechazar la fuerza con la fuerza, y poner en salvo la honra nacional, están preparados.

Y el corazón de los soldados de la Patria, á quienes toca disparar el cañón mortífero y presentar el pecho á los proyectiles enemigos, está sereno, porque le inspira el sentimiento del deber.

No; no está sereno. Palpita con entusiasmo, porque espera ansioso el momento afortunado de revelar su valor y su abnegación, desafiando el peligro y sacrificándose por la Patria.

Entretanto, una duda le asalta: ¿Vendrán nuestros enemigos á provocarnos á la lucha?—Los que bombardearon el indefenso puerto de Valparaíso ¿buscarán los riesgos de una victoria en el defendido puerto del Callao?

Ignoramos lo que harán; pero es muy probable que, si el Almirante español no tenía hasta aquí instrucciones para agredir al Perú, las haya recibido por el último paquete. Tal es el concepto que nos ha hecho formar el lenguaje del Ministro de Relaciones Exteriores de España.

Si, como es muy probable, la agresión se consuma, y las bombas lanzadas por la escuadra española forman un dosel de fuego sobre las cabezas de nuestros soldados, ellos, no lo dudamos, sabrán desafiar sus estragos, y rechazar con energía el ataque de la escuadra enemiga.

Pero, si es cierto que, en cuanto á lo material, todo está dispuesto;—si es verdad que, en ese orden, el Supremo Gobierno nada descuida: nos preguntamos—¿nada más tenemos que hacer?—¿acaso no entran en la lucha otras fuerzas que las fuerzas físicas?—¿no se debe buscar también la fuerza moral?—¿hemos nombrado ya é invocado al JUEZ de la contienda?

Las fuerzas morales, aunque existen naturalmente, necesitan retemplarse; y la electricidad, que lleva sus corrientes de vida al corazón, viene del Cielo; viene de una región superior á aquella que velan las nubes y que alumbran los astros.

DIOS, que es el principio y el fin de todas las cosas, es por excelencia el principio de la fuerza moral:

El que confía en el SEÑOR,—ha dicho un rey valiente y un bardo profeta, — es como la montaña de Sion: nunca será conmovido. (Salmo 124. v 1.)

Pero Dios no es solo el principio por excelencia de la fuerza moral; es también el Juez de los combates.

Desde lo alto de su trono, mira sin conmoverse dos ejércitos que luchan; y, cuando le place, deja caer en uno de los bandos la corona de laurel que ciñe la frente del vencedor.

Esto lo hace, siguiendo los altísimos consejos de su Sabiduría, y revelando á los hombres los escondidos arcanos de su Providencia.

Quiere que la humanidad reconozca pleito homenaje á su soberanía, y que todo lo implore de ÉL, sin poner su confianza en los elementos de la tierra.

Porqué está escrito que:

No se salva el rey por mucho ejército: ni el gigante se salvará por su mucha fuerza. Engañoso es el caballo para la salud: y en la abundancia de su fuerza no se salvará. (Salmo 32 vv. 16 y 17.)

A medida que van corriendo los días, y que se van precipitando los acontecimientos, se va descubriendo también una trama, de que puede ser víctima el Perú.

Pero ¿qué importan las maquinaciones de los que nos quieren mal? Su sentencia está dada hace tiempo.

El Señor disipa los designios de las naciones: y reprueba los pensamientos de los pueblos; y reprueba los designios de los Príncipes. (Salmo 32 v. 10.)

Para conciliarnos la protección del Omnipotente; para hacer suya nuestra causa; para vencer en el combate á que se nos provoca, confiemos en DIOS, y solamente en ÉL.

Y, á la vez que nuestros artilleros se adiestran en el manejo formidable del cañón, desarmemos la justicia de Dios, airada contra nosotros, practicando obras que le sean gratas y abandonando el camino del mal.

Todos los que, en las presentes circunstancias, se entregan al desenfreno y á la licencia, están robusteciendo, sin saberlo quizá, el brazo de nuestros enemigos: que no se llamen patriotas, porque su conducta hiere el corazón de la Patria!

Y, además de la abstención del crimen y de la práctica del bien en general, es necesario que los peruanos hagamos penitencia.

Sí; penitencia, por más que el impío acoja esta palabra con una sonrisa de desprecio; penitencia, porque es justo que el orden moral, violado por las malas costumbres, sea reparado espléndidamente, para que Dios se incline hacia nosotros.

No queremos citar la edificante conducta observada en igual caso por Inglaterra y los Estados Unidos

del Norte, naciones protestantes, que no deben adelantarse al Perú en los caminos de la piedad cristiana.

Que los justos, que se hallan entre nosotros, levanten al cielo sus manos suplicantes y sus ojos llorosos. Entonces, aunque se desate la tempestad, no recibiremos daño: la oración del justo es el pararrayo de la cólera divina,

En los campos de Junín y Ayacucho, Dios se nos mostró favorable. Herederos de la fe de nuestros padres, de los padres de la Patria, elevamos hasta Él nuestras plegarias, porque se nos ha dicho que:

He aquí los ojos del Señor sobre los que le temen; y en aquellos, que esperan en su misericordia. (Salmo 32, v. 18).

Una mirada de Dios corona de luz la frente de un pueblo; y, cuando Él extiende su brazo, ese pueblo pone en vergonzosa fuga á sus enemigos.



A la vista

SE nos asegura que la escuadra española está á la vista, y que han llegado al fondeadero del Callao dos buques de guerra de los Estados Unidos de Norte América y el vapor mercante que viene del sur.

No tenemos aún pormenores, y ya nos insta la hora para poner en prensa este número.

Mientras que se desenlazan los acontecimientos, nuestro corazón debe estar sereno.

¿No hemos fiado en Dios, poniendo bajo de su amparo nuestra causa? Y entonces, ¿por qué temeríamos?

España tiene fuertes naves para atacarnos, pero nosotros, á Dios gracias, no estamos desprovistos de elementos para el combate, y tenemos fe en Dios, que no ha de abandonar al Perú.

Si la flota española no ha encontrado resistencias que vencer en otros puertos del Pacífico, el Callao le presenta algunas, y el éxito de su agresión es, por lo menos, dudoso.

Pronto sabremos á que atenernos; y, de todos modos, nuestra fe no desmayará; pues, aún suponiendo que sufriéramos un contraste, lo que Dios no permita, estamos aleccionados por las gloriosas tradiciones de nuestra Independencia: ellas nos enseñan que la victoria suele coronar las sienas del Perú, cuando no lo esperan sus enemigos.

Como nuestros padres, los fundadores de la libertad política, sabremos alzar los ojos al cielo, para no vacilar en la incertidumbre que traen consigo las peripecias de la guerra.

Y, como ellos, algún día podremos acudir al templo, para ofrecer al Dios de los ejércitos los trofeos recogidos en el combate.

Nos han dicho que S. E., el Jefe Supremo Provisorio, se trasladó al Callao muy de mañana; y sabemos también que el Ilmo. señor Arzobispo ha oficiado á los Prelados regulares, para que envíen Sacerdotes al lugar del conflicto.

Ambas autoridades comprenden sus deberes. Dios y el país las bendecirán.



La escuadra española

LA escuadra española se halla, por fin, en nuestras aguas.

Muy breve, un combate va á poner término á la expectativa en que nos encontramos, desde el 14 de enero,

Y ese combate, no lo dudamos, servirá, en el orden providencial, para despertar con más viveza los patrióticos sentimientos de nuestro pueblo.

En estas ocasiones solemnes, brotan del corazón las grandes virtudes, porque un calor vivificante desarrolla los gérmenes que ha depositado en él la mano del Altísimo.

Ha llegado la hora del sacrificio, porque ha llegado la hora de lanzarse al peligro para salvar el honor de la patria.

Y en esa hora, en ese momento, se corona el edificio moral, el monumento histórico de un pueblo, adornándole con remates de heroísmo.

Las virtudes comunes—la honradez, el amor al trabajo, la constancia—esas echan los cimientos, y elevan los muros; pero la cúpula, la techumbre la levantan la abnegación, el valor, la generosidad.

Los pueblos que son grandes, en estos momentos acreditan su grandeza y aparecen magníficos en el vasto teatro de la historia.

Al Perú le ha llegado su día; y, gracias á Dios, sa-

brá aprovecharlo. Dejará su nombre bien puesto en los anales del honor; lo escribirá con letras de oro en los fastos de la civilización.

Al combate, cuerpo á cuerpo, que decidía de la suerte de las Naciones, se ha sustituido el de los ejércitos formidables, el de las poderosas escuadras. Siempre es el juicio de Dios, que se invoca por los que entran en la lid!

España viene con altas pretensiones: confía en el poder de sus naves y en la pericia de sus marinos.

El Perú no es una nación marítima; pero confía en Dios, y se aprovecha de los elementos, que ha podido reunir.

Goliath era un gigante, que desafiaba, lleno de confianza, al ejército de Israel y hacía resonar su pesada armadura delante del pueblo de Dios.

Que el Perú sea como David y enseñe á los que confían en un brazo de barro que no hay fuerza capaz de resistir al brazo del Omnipotente!

¡Valor! ¡Unión! ¡Confianza en Dios! ¡Generosidad con los prisioneros!

Que tal sea la divisa del Perú.



¡Que Dios nos sea propicio!

NUESTRA situación está definida.

Si ha de cumplirse la declaración del Almirante español, el Martes romperá sus fuegos sobre el Callao la escuadra enemiga.

Grandioso será el espectáculo que ofrecerá nuestro puerto, resistiendo, con serenidad y brío, el empuje de los agresores y lanzando, á su vez, sobre la flota española esos enormes proyectiles, que pueden llevar la destrucción al mismo lugar de donde nos viene.

Dios quiso darnos estos elementos, y hemos de agradecerlos á su munificencia. El ha dotado al Perú con una riqueza proverbial, y hoy esa riqueza, empleada en nuestras baterías, sirve para la defensa de la Nación.

Pero no ella sola: nada valdrían nuestras armas, sin el ardor patriótico, sin la abnegación de los dignos jefes, oficiales y soldados del ejército y de la marina. La fuerza física necesita no solo desarrollo, sino dirección. Y esa dirección la darán manos que no tiemblan, ojos iluminados por el fuego del patriotismo, cabezas que descuellan por la inteligencia, corazones en donde el valor ha puesto sus reales.

¡Gracias á Dios! el Perú tiene hijos, que saben defender su honra, y que hoy no tienen otra bandera que el estandarte de la Patria. Allí leen "unión es fuerza"; y se unen, agrupándose en torno del pabellón nacio-

nal, para lavarlo con su sangre; y levantarlo luego, más puro y radiante, á la expectación del mundo civilizado.

En estas circunstancias, la Iglesia del Perú no podía callar: por la boca de su primer Pastor, ha hecho oír á todos los fieles palabras de sabiduría y de caridad. Y, á la vez que ha aconsejado la práctica de estas virtudes, ha excitado los sentimientos patrióticos, que deben animar nuestro corazón.

Pero esto no bastaba; y comprendiéndolo así, el Illmo. Metropolitano ha ordenado oraciones públicas, para inclinar la misericordia de Dios sobre nosotros. Los sacerdotes, las vírgenes del Señor, los fieles todos elevarán al cielo sus manos suplicantes, y, en los momentos del combate, irán á postrarse delante de Jesús sacramentado, delante del Dios peregrino de amor, delante del Dios prisionero en nuestros tabernáculos, á fin de solicitar de él valor para los que combaten, gracias para los que mueren, y el triunfo para nuestras armas.

Digno y laudable propósito! Es el engendro natural de esa Religión sublime, que vino á cimentar y extender en el Perú el glorioso Santo Toribio de Mogrovejo. Sus compatriotas vienen hoy, trayendo á este hermoso suelo la destrucción y la muerte: él nos trajo la civilización y la vida!

Desde lo alto del cielo, sabrá proteger á su amada grey, interponiendo su mediación por aquellos que guardan con amor su memoria y sus reliquias.

Y todos los que veneramos en nuestros altares; todos los que recogieron en el suelo peruano la luciente aureola que hoy circunda su frente, Rosa de Santa María, y Francisco Solano, y Martín de Porres, y Juan Masías, y otros que los siguieron, por los caminos de la justicia, nos cubrirán con su protección, inclinando en nuestro favor la misericordia del Altísimo.

El 1º de mayo, día señalado para el combate, es también un día propicio para nosotros. Años hace que, en ese mes, y comenzando en aquel día la ciudad de Lima y la del Callao tributan á la Santísima Virgen María un culto, que ella recibe agradecida. Larga sería la lista de las conversiones obtenidas todos los años en ese mes de bendición. De algunas hemos sido testigos; Dios las sabe todas, y no las olvida.

Confemos, pues, en Él; y, al oír la señal del combate, que nuestro corazón no vacile: que suplique con eficacia y con humildad La oración humilde penetra los cielos!

Y que nuestros valientes, al caer defendiendo su puesto, hagan su testamento en tres palabras: MI CUERPO Á LA PATRIA, MI CORAZÓN Á LA IGLESIA Y MI ALMA AL CIELO.

Porque, como ciudadanos, dan su vida por el Perú; como fieles, agonizan en brazos de la Iglesia; como hijos de Dios, su destino es el cielo.

Dios y la Patria, he allí nuestra divisa. La Iglesia católica nos la ha enseñado, y nos previene para que, en el estruendo de la pelea, nos acordemos de buscar en Dios la fuerza, y sepamos emplearla en defensa del suelo que nos vio nacer y que recibirá nuestro despojo mortal.

Que todos los peruanos, formando un solo corazón por el amor fraternal y por nuestra disposición al sacrificio, probemos al mundo entero que somos dignos hijos de la Iglesia y dignos hijos de la Patria.

Desde la nevada cumbre de los Andes, tres siglos nos contemplan.

Y, en la hermosa bahía del Callao, nos contemplan también los representantes de ambos mundos!

¡Qué Dios nos sea propicio! Y que el laurel de la victoria pueda enlazarse en nuestro escudo con el olivo de la clemencia!

Lejos de nosotros el odio y la venganza. Estos sentimientos eclipsarían el resplandor del triunfo.

Después de vencer al enemigo, hay otra victoria que alcanzar: la de sí mismo.



¡La hora suprema!

HA sonado la hora suprema!

La hora de la Providencia, que no aparta sus ojos divinos de nuestra cara patria.

Después de una resistencia de cinco horas, el puerto del Callao ha visto retirarse la naves enemigas.

Y, cuando todos nos hemos inclinado, para buscar los muertos y los heridos, el corazón ha vertido sangre, porque ha encontrado hartos que sentir, muchas víctimas que llorar. Mas, al sentimiento de justísimo dolor, ha sucedido una alegría inefable, porque nos hemos dado cuenta de la grandeza del Perú.

Sí, grande, muy grande ha hecho Dios á la patria que nos cuenta por hijos. Y el nombre de peruano será un timbre honorífico, para todos los que sepan comprender cuanto vale la patria querida, que ha combatido heroicamente, teniendo por testigos inteligentes marinos de naves extranjeras.

Ellos han podido apreciar, con calma é imparcialidad, lo que significa para el Perú esa página de gloria, escrita con la sangre de sus hijos.

En cuanto á nosotros, estábamos hartos ocupados de llorar las desgracias que Dios quiso presentarnos; y, sin embargo, teníamos que enjugar nuestras lágrimas, que ahogar nuestros suspiros, porque, de momento en momento, una acción heroica, una escena grandiosa,